

## **EN HOMENAJE AL PROF. JOSÉ JANÉ SOLÁ**

“Els homes no son si no son lliures”...  
Salvador Espriu en “La pell del brau.”

Dar alas y espacio para el vuelo. Desatar ligaduras y eliminar adherencias. La educación es liberación, es procurar que cada ser humano único pueda ejercer en plenitud su capacidad distintiva: la creación. La radical desproporción entre las facultades biológicas y las intelectuales, la consciencia de la minúscula y finita aunque perfecta dimensión física con la desmesurada, misteriosa e infinita potencialidad mental. No actuar al dictado de nadie ni someterse a normas ajenas, sin reflexión previa, sobre todo en momentos de un poder mediático que se infiltra por todas partes y nos sumerge. Educación significa elaborar las propias respuestas a las distintas cuestiones, incluidas, desde luego, las más esenciales, las que nos afectan más directamente y que, en el trajín de cada día, procuramos soslayar. Tener respuestas propias y saber argüir en su favor, al tiempo que se escuchan y atienden, y se leen y se meditan, las de los otros.

Es necesario, imprescindible, lograr tiempo para ser uno mismo, para no dejarse arrastrar, para ser permanentemente actor y autor de la propia vida en lugar de espectador pasivo, de receptor que, progresivamente, pierde su perfil característico, su semblante identitario. La diversidad, hasta el límite de la unicidad, es nuestra mayor riqueza y actuar unidos por unos principios universales, nuestra fuerza. Debemos estar alerta, en una vigía sin pausa, para que la indiferencia, el “sinremedismo”, el miedo, no acaben por fin convirtiéndonos en ciudadanos –número, a los que se cuenta en

ocasión de comicios o encuestas, pero que no cuentan, que no se tienen en cuenta. Para contar es imprescindible participar, manifestar la posición personal en cuantas decisiones nos atañen. Solo así lograremos ser dueños de nuestro destino personal y colectivo; cuando la educación, que es mucho más que información y que instrucción, alcance el objetivo de la inmejorable definición de don Francisco Giner de los Ríos: “Educación es dirigir con sentido la propia vida”.

Para ello es necesario ampliar nuestro *circum-stare*, nuestra circunstancia, nuestro entorno inmediato, y ver más allá. Ser conscientes del mundo en su conjunto y procurar abordar los problemas, de complejidad creciente, a través de un enfoque transdisciplinar. Hay que conocer en profundidad la realidad. De otro modo, no podemos pretender transformarla. Juntos, es posible. Las manos y las voces unidas, las experiencias personales aunadas, logran una fuerza intelectual extraordinaria. Conocimiento de la realidad, constancia, imaginación. “Pensar lo que nadie ha pensado” era la llave, según el Prof. Hans Krebs, para el descubrimiento, para des-velar la realidad que subyace a la percepción, a la apariencia. Albert Einstein ya lo había precisado: “En los momentos de crisis, sólo la imaginación es más importante que el conocimiento”. Capacidad creadora, nuestra esperanza, capacidad de pensar y de sentir y de ser uno mismo y no alienarse, no dejarse arrastrar, no dejarse someter por el oscurantismo, la superstición, los condicionamientos que, imperceptiblemente, van ocupando el lugar que nos corresponde, van reduciendo y lastrando nuestras alas, van marginando nuestro papel en el escenario, van silenciando nuestra voz. De pronto, ya no sabemos discernir las cuestiones accesorias de las esenciales y nos vemos obligados a seguir las pautas que unos cuantos establecen para los muchos. Y la voz, aunque de pronto se convierta en grito, pasa inadvertida por el bullicio del entorno.

Visión global, participación y compromiso, aportación personal para el mejor conocimiento de la realidad para poder así, cuando proceda, cambiarla. Y, sobre todo, anticipación. Saber para prever, prever para prevenir. Evitar, la gran victoria. Aunque no se vea, ya que el acontecimiento “visible” no tiene lugar y es, por tanto, muy difícil valorar la acción preventiva. Esta es la gran misión de los intelectuales. El gran reto al que tiene que hacer frente la institución universitaria. Avizorar sin cesar, sin cejar, para que, en toda la medida de lo posible no tengan lugar los sucesos infaustos o al menos, se mitigue sustancialmente su impacto. Con frecuencia, nos distraemos, nos distraen, y son las cuestiones irrelevantes, las baratijas, las que ocupan nuestra atención mientras el tiempo pasa y, sin darnos cuenta, nos vamos des-educando, vamos abandonando las riendas, cedemos el volante, el timón a otras manos. Ya no somos dueños de nuestros rumbos.

El proceso educativo comprende cuatro dimensiones, cuatro pilares, según la Comisión de Educación para el Siglo XXI que presidió Jacques Delors: aprender a conocer, a hacer, a ser y a vivir juntos. Difícilmente se puede expresar mejor y en menos términos la educación que precisamos con extrema urgencia en estos albores de siglo y de milenio. Educación para la ciudadanía mundial, para construir una democracia que tenga como principales referencias la participación y la anticipación. Una democracia guiada por valores universalmente reconocidos. No podemos recorrer oscuros caminos sin brújula, sin los faros éticos que, como balizas, iluminan nuestra andadura. “Es de necio confundir valor y precio”, subrayó Don Antonio Machado en sus Cantares y Proverbios. Cuando más necesitados estábamos de asideros éticos y de estrellas visibles, cuanto más oscura la noche y trastocado todo, en una abdicación de responsabilidades

absolutamente inadmisibles, los gobernantes de los países más prósperos aceptaron sustituir los ideales, las ideologías, las pautas morales por el mercado. Valor y precio confundidos. Fines y medios, confundidos también. Se ha llegado a decir que, disponiendo de los medios de información y comunicación que la moderna tecnología proporciona, la educación se hallaba prácticamente resuelta. No, no puede confundirse como antes ya advertía, información con formación, con educación. Primero, la madre, el padre, la familia, los educadores –deberíamos cada día tener un recuerdo de estima y de admiración hacia los maestros, de los que depende en buena medida el provenir del mundo-, luego, el libro, porque en la lectura se establece un diálogo entre el autor y el lector,.. y, también, pero en su lugar, los medios audiovisuales y de acceso a la información. Todo consiste en transitar desde la información al conocimiento, lo que requiere, a su vez, ejercitar el pensamiento y la reflexión.

Ser aprendices siempre, capaces de escuchar, de actuar en virtud de nuestras propias conclusiones, para que, por fin, la historia de la especie humana no sea la del sometimiento, la resignación, la docilidad, el silencio. Dispuestos a elevar la voz cuando debamos expresar, sin cortapisas, nuestros puntos de vista. Esta es la voz debida a los demás, a la conciliación, a la concordia, a la justicia. La voz debida, sobre todo, a los jóvenes, a los que ya están aquí, a los que llegarán un día a habitar la tierra. No podemos guardar silencio. Sobre todo, las instituciones académicas y científicas, no pueden, no deben guardar silencio, cuando se producen desgarros sociales, medioambientales, culturales, éticos, que podrían conducir a que la estancia que con tanto esmero tenemos que preparar para nuestros descendientes la encontraran desvencijada y fría. La diferencia entre la democracia y la dictadura es la palabra.

A lo largo de la historia, sólo unos cuantos, muy pocos, aparecen en los escenarios. Con pocas excepciones, rostros masculinos. El resto, invisible, absorto en las labores diarias, doblada la espalda sobre la tierra, enarbolando la espada y, con frecuencia, ofreciendo la vida a causas desconocidas, incomprensibles, inexplicables. Es el pueblo anónimo. Son las mujeres y los hombres sin faz, contados tan sólo en el mejor de los casos. Ha llegado el momento de unir voces y manos, precisamente porque la plutocracia y hasta la hegemonía se han adueñado –“Nosotros, los poderosos...”- de lo que correspondía, en el inspirado preámbulo de la Carta de las Naciones Unidas, a “Nosotros, los pueblos...”, todos los pueblos, todos y no unos cuantos, todos y no uno. Todos con voz, todos en un gran clamor. Este, y no otro, es el fruto esperado de la educación a lo largo de toda la vida. Los países “imperiales” han pretendido – a veces por desconocer alternativas- que las comunidades menos favorecidas, menesterosas, deberían recibir educación básica únicamente. Y alfabetización (en la lengua colonial, claro está). No es esta la manera de enfrentar uno de los grandes desafíos de todos los tiempos.

Lo importante, más que las insuficiencias que se remedian, son las suficiencias que se otorgan. Que se construyen. En otras palabras: favorecer actitudes de búsqueda permanente, de observación constante, de apreciación. “Es difícil, ha escrito Julián Marías, observar lo que vemos todos los días”. Debemos ser capaces de dar su justo valor a lo que tenemos. Porque comparar es uno de los pilares de la ética. Despertarnos en un contexto de paz y de libertad, y pensar en quienes sufren los estragos de la guerra, la violencia, la tortura, la mordaza. Despertarnos y encender la luz... . Y tener a nuestra disposición agua potable, caliente, fría... . Apreciar lo que poseemos es fundamental para la mano tendida en lugar de la mano

alzada, para la prontitud en la escucha y atención a los demás. Para la concordia.

Hace años, H.G. Wells, escribió que “la historia de la humanidad se convierte de día en día en una carrera entre la educación y la catástrofe”. Educación, educación, educación. Educación para que este inmenso caudal no se derrame, no se remanse. Para que su energía transforme realidades incompatibles con la dignidad humana. Para que enderece tantas tendencias secularmente inadmisibles, para que no se malversen los talentos, nuestra esperanza.

Educación para que la palabra permanezca, prevalezca, al fin, sobre la espada. Para que sea la voz del pueblo –que en esto consiste la democracia– la que oriente a los gobernantes. El porvenir está por-hacer. El provenir es nuestra responsabilidad. El pasado podemos tan sólo describirlo. La gran tarea, la más apremiante del presente, es procurar un futuro que esté a la altura de las dotes que caracterizan a la humanidad. Es lo que nuestros descendientes merecen. Nunca más el silencio. Empezando por el silencio ante nuestras propias preguntas esenciales. “Me encuentro huyendo de mí cuando conmigo me encuentro”, escribió José Bergamín en uno de sus poemas. Tenemos que tener la valentía de decirnos lo que pensamos. Y decirlo a los demás. Y prestar atención a sus expresiones. Nunca más la omisión, la arrogancia, la intransigencia. Sólo los que han abierto de par en par puertas y ventanas en la vida de los demás, sólo los que tuvieron el coraje de sembrar en terrenos inhóspitos, en pedregales, a contra viento, contribuirán a la cosecha de unos frutos que las generaciones venideras esperan. El trayecto recorrido no podemos modificarlo. El rumbo de ahora en adelante, sí. Es lo que merecen nuestros hijos, que llegan atónitos e incluso indiferentes porque, como ha escrito Enrique Badosa, “les quieren

robar el pensamiento”, les quieren dirigir a distancia. Pero el futuro no somos nosotros. Son ellos. Nuestro deber es dejarles la cuartilla en blanco. Su derecho y su deber es escribirla.

Educación para hacer posible el tránsito desde una cultura de fuerza, de violencia, de imposición, de guerra en la que la humanidad ha vivido hasta ahora en una cultura de conciliación, diálogo, fraternidad, de paz, de este otro mundo posible que anhelamos. Esta es nuestra tarea. Nuestro compromiso.

X X X

Jubilarse al término de una trayectoria tan densa y fructífera no es sino cambiar de surco para seguir sembrando. Tuve ocasión de conocer de cerca el magisterio y dedicación del profesor José Jané Solá. Como yo, catalán en tierras andaluzas, enamorados de una tierra y de una cultura abierta a toda la rosa de los vientos, ejemplar en el arte de la amistad.

Me complace adherirme sincera y cordialmente con estas palabras –*verba volant, scripsi manent*- al tributo de admiración y reconocimiento que se rinde a su insigne figura académica y profesional, pero sobre todo a la persona. Y aplaudo la excelente iniciativa encabezada por los profesores Jesús Timoteo Álvarez, Fabián Estapé, Juan Belarde y Josep Vilarasau.

Por muchos años.

Federico Mayor Zaragoza

Enero 2005

